LOS PETROGLIFOS DE LA FINCA DE CHAÑARAL, PROVINCIA DE ATACAMA, CHILE

Por Herbert Hornkohl

La "Finca de Chañaral" está situada en pleno desierto de la Provincia de Atacama, dentro del Departamento y Comuna de Chañaral, al noreste del pueblo y estación de ferrocarril Inca de Oro, y unida con este último por una buena carretera de 18 kilómetros de largo, la que continúa hasta el conocido mineral de cobre de Potrerillos.

Es un pequeño oasis escondido en la Quebrada de Chañaral Alto, atrayente y ameno y dotado de una vegetación de árboles frutales, hortalizas y sementeras, cuyo verdor contrasta notablemente con la aridez y desolación de las serranías vecinas. Debe su existencia este reducido terreno cultivable al afloramiento natural del agua subterránea de la citada quebrada en una estrecha garganta de aproximadamente dos kilómetros de largo y donde las vegas, de no más de 50 a 150 metros de anchura, están bordeadas a ambos lados por abruptos farellones y paredes desnudas de rocas dioríticas (ver plano adjunto). Cabe mencionar que hace algunos años atrás, fueron realizados aquí trabajos especiales de captación de agua para el abastecimiento del puerto de Chañaral, construyéndose una cortina e instalándose la tubería correspondiente de conducción.

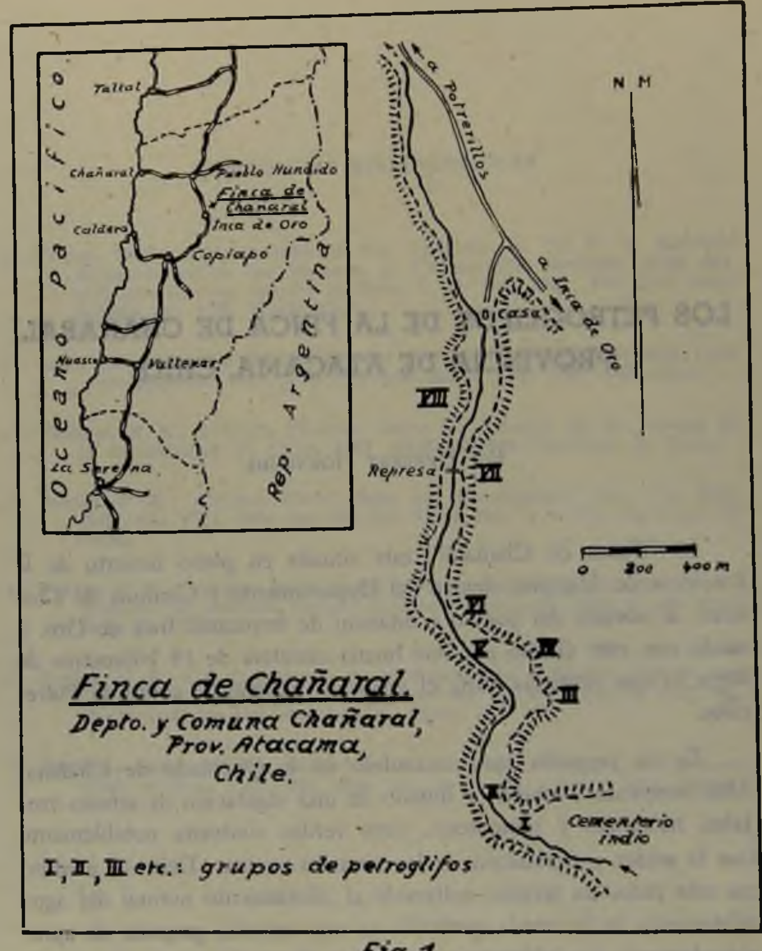


Fig. 1

Se comprende que un lugar tan favorecido por la naturaleza en medio de los vastos y desamparados desiertos atacameños, debía servir al hombre como paradero desde tiempos muy remotos y en realidad, la "Finca de Chañaral" ha constituído una de las estaciones principales del famoso "Camino del Inca", que en su época unía el

centro de Cuzco con las comarcas de Chile central. Con sus típicos trazados casi rectos, el Camino del Inca, en parte aun visible hoy día, conducía desde este lugar hacia el norte al Agua del Panul y Doña Inés y hacia el sur a Inca de Oro, Tres Puntas y Copiapó (5). Se lo ve en la vecindad de la finca, por ejemplo, a ambos lados del Portezuelo de la Chinchilla al suroeste de ella, hallándose borrado ya por el efecto del tiempo en los terrenos más inmediatos. Pero hay otros y diversos vestigios del antiguo hombre indígena dentro del propio recinto de la finca. Así, existe frente a la entrada sur de la angostura un cementerio indio con varios túmulos que, por desgracia, parecen haber sido ya saqueados; una pirca construída en la cumbre de la colina que flanquea por el norte el mismo lugar, puede corresponder, tal vez, a restos de una atalaya; son frecuentes los hallazgos de fragmentos de alfarería, de puntas de flechas y de otros objetos en los terrenos labrados de la vega; pero lo que más llama la atención del visitante, son los signos pintados en las rocas o petroglifos, cuya descripción será el tema principal del presente trabajo.

Se encuentran estos petroglifos dispersos a lo largo de casi toda la angostura y preferentemente en la orilla naciente de ella, formando varios grupos o conjuntos. Se trata de signos y dibujos pintados en rojo que cubren las paredes verticales de la roca diorítica, muchas veces a no más de uno o dos metros sobre el nivel de la vega y al borde inmediato de un sendero que pasa por su orilla. Sólo algunos se encuentran a mayor altura, pero sin sobrepasar los 20 metros verticales por encima del fondo de la quebrada.

La mayor parte de las pinturas, hechas seguramente con una mezcla de tierras colorantes con aceites vegetales, se han mantenido en un bastante buen estado de conservación y se destacan nítidamente sobre el fondo claro de la piedra, pero hay algunas también semiborradas por los efectos atmosféricos, o mutiladas debido al desprendimiento de trozos de roca.

En la siguiente descripción detallada de los pertroglifos se le ha asignado a cada grupo o conjunto un número romano, en orden sucesivo de sur a norte, numeración que coincide con la empleada en el plano adjunto y en las figuras insertadas al texto. Estas últimas se han copiado de fotografías tomadas por el autor.

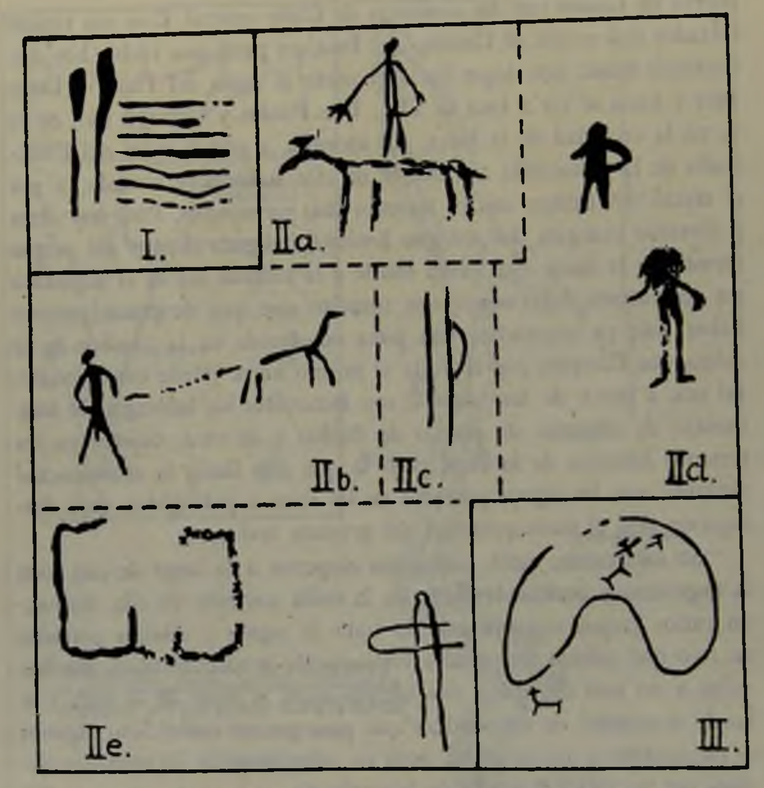


Fig 2 - Petroglifos de la Finca de Chañaral

Grupo I (Fig. 2):

En el comienzo mismo de la angostura y pintado sobre una pared vertical que mira hacia el sur, se encuentra un dibujo compuesto de dos líneas verticales, cuneiformes y siete rayas horizontales, diseño que ocupa un ancho horizontal de 45 cm. En rocas cercanas hay además una línea ondulada y una figura humana estilizada.

Grupo II (Fig. 2):

Es un conjunto de varios dibujos dispersos, pintados en las paredes de roca que bordean el camino y a más o menos 1 a 2 m. de altura sobre el mismo. Las más nítidas de las figuras, las que en general se encuentran bastante borradas, son: un cuadrúpedo bajo una figura humana (IIa); otro cuadrúpedo unido con un hombre, al parecer, por medio de un lazo (IIb); un signo compuesto de dos líneas verticales y un gancho (IIc); dos pequeñas figuras humanas (IId); y finalmente, una combinación de dos ganchos abiertos con una especie de cruz formada de líneas rectas dobles (IIe).

Grupo III (Fig. 2):

Pertenece a este grupo la combinación de un diseño reniforme, especie de óvalo doblado, con dos diminutas llamas muy estilizadas y con dos trazos cuneiformes. Como se verá más adelante, el signo reniforme se repite también en otros grupos y resulta ser, por lo tanto, muy característico para los petroglifos de la Finca de Chañaral.

Puede incluirse también en el grupo presente un gran círculo doble con un punto en el centro y acompañado de algunos trazos rectilíneos muy borrados, que queda visible en lo alto de una pared vertical, mirando hacia la quebrada. No figura entre las ilustraciones adjuntas.

Grupo IV (Fig. 3):

Se trata de la representación muy llamativa de varios cuadrúpedos en movimiento, tal vez de una escena de caza de guanacos, sorprendidos y en fuga. El grupo es notable por el realismo de su diseño y ocupa la cara superior de un farellón que se eleva en la entrada de una quebradita lateral. Se encuentra a más o menos 60 m. al este del camino y a unos 15 m. de altura sobre el mismo. Su dimensión total es de unos 75 cm. horizontales por 50 cm. verticales, no alcanzando cada uno de los animales representados un largo individual de más de 15 a 20 cm.

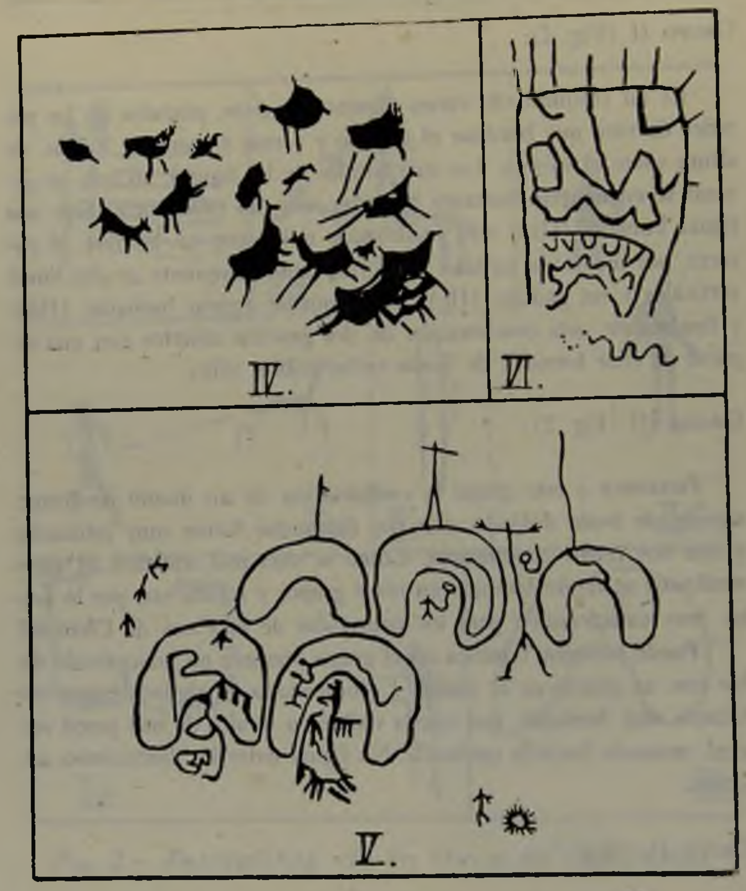


Fig. 3 - Petroglifos de la Finca de Chañaral.

Grupo V (Fig. 3):

Es una combinación de varias figuras que aparece, a unos 6 m. de altura, en la cara vertical de un farellón inmediato al camino. Su elemento principal lo constituye el mismo signo reniforme del Grupo III, pero que aquí se repite cinco veces en unión con varios trazos rectilíneos, los cuales son representaciones fuertemente estilizadas de

figuras humanas y con otros signos irregulares. En la parte baja del lado derecho se observa, además, una pequeña figura antropomorfa al lado de un diminuto círculo con rayas. Todo el conjunto descrito ocupa un espacio de 1.80 m. de ancho por 1.60 m. de alto.

Grupo VI (Fig. 3):

Cubre este conjunto la frente vertical norte de una roca cuadrada grande, a casi 2 m. de altura sobre el camino. La figura dominante es un diseño geométrico de contornos aproximadamente rectangulares, con trazos interiores rectilíneos, ondulados o dispuestos en zigzag, formando el todo una especie de cara humana muy esquematizada, coronada por varias rayas. En su base se observa una pequeña línea aislada serpentiforme. Para darle al dibujo descrito la interpretación citada de cara humana, existen, en realidad, razones especiales que más adelante se comentarán.

En la misma pared, pero ocupando su parte inferior, aparecen además algunos (¿tres?) signos reniformes del tipo Grupo III y V, y una figurita humana, dibujos muy borrados y en parte apenas distinguibles.

Grupo VII (Fig. 4):

Está formado por un conjunto de tres hileras de triángulos, dos de ellas verticales y una horizontal, pintadas a unos 10 a 15 m. por encima del camino sobre la cara lisa de un farellón que mira hacia el sur. El largo total de cada hilera alcanza a unos 60 cm., siendo la altura de los triángulos que las componen, alrededor de 15 cm.

Grupo VIII (Fig. 4):

Es el único grupo situado al lado poniente de la quebrada. Lo constituyen varios conjuntos de petroglifos, distribuídos sobre las paredes lisas y verticales de un ancho farellón que marca en esta orilla el término norte de la angostura propiamente tal. Pues más allá la quebrada, poco a poco, se ensancha y sus laderas adquieren ya relieves más suaves.

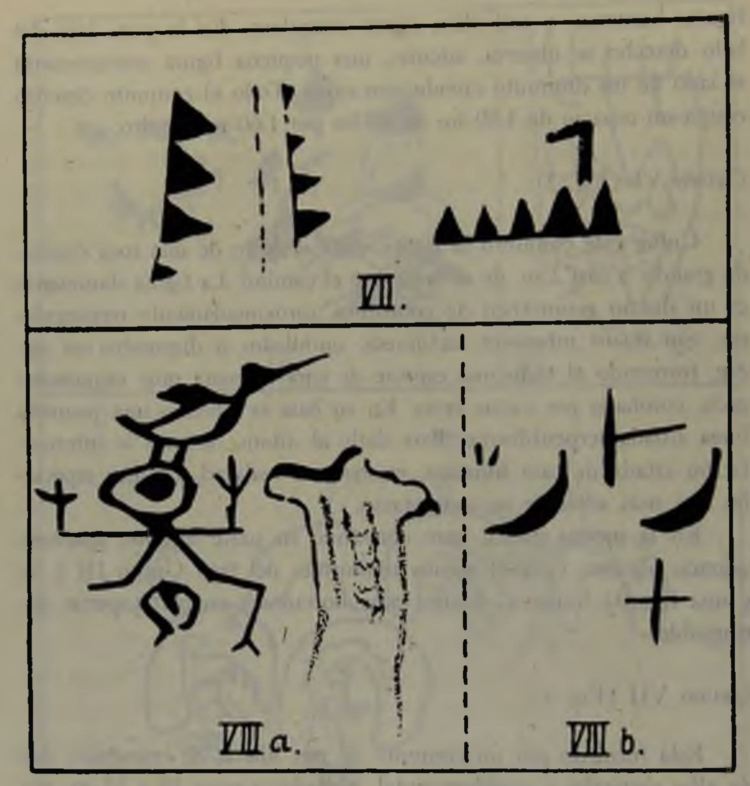


Fig. 4 – Petroglifos de la Finca de Chañaral.

En las ilustraciones adjuntas se reproducen sólo los dos dibujos más nítidos (VIII a y b), siendo el estado de conservación de los demás (VIIIc) tan precario que sería difícil copiarlos o más bien reconstruirlos con suficiente exactitud.

El PETROGLIFO VIIª representa, en primer lugar, una extraña combinación de una figura humana estilizada, vista de frente, con un ave grande, en perfil, sentada sobre su cabeza. Los brazos elevados de la figura humana terminan en manos que sólo tienen tres dedos, y entre las piernas abiertas se observa una especie de círculo algo deformado con una raya central. La parte inferior izquierda del dibujo

está cortada, por haberse desprendido aquí un trozo de roca. Contrastando con la ejecución extremadamente estilizada de la figura humana, el dibujo del ave se caracteriza por su marcado realismo. Otro diseño que se distingue inmediatamente al lado derecho del anterior, pero con contornos algo vagos y en trazos débiles, parece ser también una representación antropomorfa. La altura del conjunto es de más o menos 1 m. Se encuentra en un sitio apenas accesible y a unos 20 m. sobre el fondo de la quebrada.

El PETROGLIFO VIIIb se compone de diversos elementos sencillos, entre los cuales se destacan una cruz y dos signos en forma de media luna. Estos últimos tienen cierta semejanza con la caparazón de ave, tal como está dibujada en el petroglifo VIIIa, y podrían, por lo tanto, corresponder tal vez a una repetición esquematizada del mismo motivo. El conjunto ocupa un espacio de 1 m. de ancho por 0.5 m. de alto y está situado más al sur del petroglifo VIIIa, a unos 10 m. sobre el fondo de la quebrada.

En el CONJUNTO VIIIc, por último, ubicado aún más hacia el sur, entran varios dibujos, todos con sus colores muy desvanecidos y apenas distinguibles. Entre ellos se repite varias veces el motivo reniforme de los grupos III, V y VI.

Las pinturas antes descritas constituyen el total de petroglifos hoy día reconocibles en la Finca de Chañaral. Sin duda alguna corresponderán ellos, llenos de un marcado simbolismo al igual que sus parientes en otras regiones, a la representación de ideas determinadas y de cierta trascendencia entre los indígenas de las épocas pasadas. Como no se trata, sin embargo, de una verdadera escritura, será difícil descifrar su lenguaje y quizá nunca se logrará entender plenamente su significado.

Pero, aun sin penetrar en este misterio fundamental, podemos por lo menos llegar —mediante un examen comparativo del diseño y estilo— a conclusiones interesantes de otra índole que nos revelan algo sobre la procedencia y tal vez la edad de los diversos signos empleados y por lo mismo, si las pruebas son de peso, sobre la permanencia, migración o sucesión de razas y pueblos.

Para este propósito hay que eliminar de la lista, naturalmente, todos aquellos signos primitivos y simples que tienen carácter uni-

versal, es decir, los que pueden haberse creado en cualquier época o en cualquier lugar del mundo y sin que su difusión y repetición nos obligue a admitir la existencia de relaciones mutuas directas o influencias específicas. Tales signos serían por ejemplo los círculos, trazos rectos, líneas onduladas, líneas en zig-zag, o sus combinaciones sencillas y corrientes, y aun muchas representaciones de figuras humanas y de animales. El estudio tendrá que basarse, por lo tanto, en aquellos otros elementos que sobresalen por sus rasgos originales ya más definidos o por su diseño más complicado, y sobre todo, si hay oportunidad para hacerlo, en la observación de combinaciones características de varios elementos, o sea, de conjuntos enteros, dentro de los cuales hasta los signos primitivos y simples pueden adquirir importancia por su presencia repetida en calidad de accesorios esenciales.

Si bajo este punto de vista se examinan ahora las pictografías de la Finca de Chañaral, llama la atención en primer lugar el que su conjunto como entidad total no tiene semejanza con los tipos de petroglifos que se conocen en las regiones vecinas, ya sea del norte (provincias de Antofagasta y Tarapacá) o del sur (parte austral de la provincia de Atacama hasta los departamentos de La Serena, Elqui y Coquimbo de la provincia de Coquimbo). Sólo para algunos escasos elementos individuales hay analogías en las zonas limítrofes, predominando entre ellas las influencias del norte y no apareciendo ningún rasgo realmente típico del sur inmediato. A este último respecto, por ejemplo, sorprende la falta absoluta de cierta clase de diseños que son tan frecuentes y característicos en la región al sur del Río Copiapó hasta la propia Provincia de Coquimbo, y que consisten por un lado en la combinación de múltiples líneas curvas caprichosamente entrelazadas, idénticas a las que E. Boman también encontró ser comunes en la región calchaqui-diaguita de la República Argentina (1), y por otro, en una especie de casilleros formados por trazos cruzados.

Los petroglifos de la Finca de Chañaral se distinguen, en cambio, por la presencia de varios diseños particulares no registrados hasta la fecha en ninguna parte de Chile, y cuya cantidad y repetición le da a su conjunto general justamente ese carácter único y singular

más arriba comentado. Tales diseños, nuevos para nosotros, son: las figuras reniformes de los grupos III, V, VI y VIIIc; las hileras de triángulos del grupo VII; la combinación de una figura humana con la de un ave en el grupo VIIIa; y los signos en forma de media luna del grupo VIIIb. Hasta la representación ornitomorfa del grupo VIIIa, por sí sola, constituye ya —en la forma aquí encontrada— una primicia dentro de los petroglifos chilenos, hecho interesante al que, sin embargo, no debe tal vez atribuirse demasiada importancia.

Pero a pesar de toda esa originalidad, parece imposible ver en ella la manifestación de un estilo local propio. Pues el sitio es demasiado estrecho y limitado para haber dado cabida a una población estable de mayores proporciones y, por tanto, capaz de crear tal estilo, ni siquiera en unión con la red en extremo dispersa de otros oasis vecinos. Las condiciones de vida en aquellos páramos no son comparables en realidad con las de ciertos extensos valles regados que atraviesan el desierto y en los cuales se han podido formar núcleos más importantes de comunidades humanas con expresiones artísticas y culturales de carácter local propio y particular. En la diminuta población de la Finca de Chañaral, por el contrario, siempre habrán prevalecido sobre el elemento local, influencias extrañas y de índole pasajera, tanto más cuanto que el lugar ha sido paradero obligado en una ruta vital de comunicaciones entre pueblos distantes.

Resulta obvio, por lo tanto, aceptar también en materia de los petroglifos un dominio de tales influencias exteriores, y se justifica buscar para ellos posibles nexos hasta con zonas lejanas, por lo menos en lo que se refiere a aquellos elementos que no tienen similitud alguna con los de las regiones vecinas. Las pruebas que efectivamente pueden aducirse en este sentido, no son muchas y, miradas cada una por sí sola, tal vez no resulten del todo seguras, pero hay una tendencia común entre ellas que es sugestiva.

Así, nos hacen recordar las hileras de triángulos del grupo VII un motivo idéntico de decoración, usado no sólo con mucha frecuencia en la alfarería incaica, sino también en el arte de otras culturas peruanas anteriores y de la de los atacameños, si bien su difusión entre estos últimos no sea tan notable.

Será más difícil encontrar dentro del arte indio en general algún paralelo con el diseño reniforme que tanto se repite en los petroglifos de la Finca de Chañaral. Un ligero parentesco aparente existe con los dibujos de pallares en ciertos tipos de alfarería peruana, de los cuales R. Larco Hoyle, por ejemplo, presenta en sus trabajos numerosas y variadas ilustraciones (3). Pero la similitud es demasiado vaga para poder sacar de ella sola y sin otros antecedentes de más peso, conclusiones convincentes.

Un detalle de interés lo proporcionan los dibujos de animales cuadrúpedos que aparecen en varios petroglifos de la Finca de Chañaral. Entre sí muestran ellos marcadas diferencias, pudiéndose distinguir tres tipos o estilos. Están presentes, desde luego, los dos tipos de diseño de llamas o guanacos que son bastante conocidos en extensos sectores de la región andina, a saber: uno muy esquematizado y en el cual se emplean líneas rectas sencillas para trazar la imagen de un animal inmóvil (ver grupo III); y otro ejecutado con vivo realismo, mostrando la anchura natural de los cuerpos y evocando, a veces, pleno movimiento (grupo IV). Posiblemente, la diferencia de estilos indicará a la vez cierta diferencia de edad. R. Latcham, por ejemplo, quien se refiere a este aspecto, al hablar en general de tales figuras de llamas en los petroglifos y la alfarería andina, atribuye, citando también a Uhle, el estilo rígido esquemático a la época de influencias chinchas en su expansión al Sur, y sostiene que el otro estilo más realista, en cambio, sea original de una época anterior (epigonal Tiahuanaco o netamente atacameña), admitiendo eso sí, su persistencia también durante los períodos siguientes (4). En el presente caso, haya o no haya diferencias de edad entre los dos tipos de diseño, las figuras de llamas estilizadas no constituyen un elemento muy revelador, pues su área de difusión a través de vastas zonas del norte y del sur en ambos lados de la cordillera, es casi demasiado amplia para que puedan insinuarse algunas relaciones específicas. Esto cambia, al tratarse del segundo tipo de diseño, o sea, el de las figuras realistas, cuya expansión en el territorio chileno es mucho más limitada. Tiene su desarrollo principal y más avanzado en la provincia de Antofagasta y especialmente en la región del Río Loa, territorio de los antiguos atacameños. Las excelentes reproducciones publicadas por

St. Rydén dan una idea de la calidad de aquellos dibujos (7). Desde la zona citada hacia el sur vuelve a asomarse el mismo estilo en diferentes lugares, hasta llegar a su límite austral en la línea divisoria entre las provincias de Atacama y Coquimbo. En todo este trayecto declina, poco a poco, la perfección del dibujo y se observa también cierto cambio de su técnica. En cuanto a la modalidad del diseño, ocupa la representación de este estilo en la Finca de Chañaral un lugar intermedio entre los dibujos muy perfectos del norte y los otros más toscos del sur, como prueba de aquella influencia que ha venido extendiéndose desde la zona atacameña del Loa.

Aparte de los dos estilos comentados, existe un tercer tipo de dibujo de animales, en el cual, debido a sus rasgos poco definidos, es difícil identificar la especie. Son los dos cuadrúpedos que figuran en el grupo II a y b, cada uno en combinación con un ser humano. Hay una manifiesta diferencia de diseño entre estos y aquellos otros dibujos de animales, faltando además cualquier detalle característico que permitiera interpretarlos también como imágenes de llamas, motivo tan preferido y por lo mismo tan perfectamente dominado por los artífices indígenas. Podría, en consecuencia, sospecharse que se tratara de la representación, bastante imperfecta por cierto, de unos caballos con sus dueños, o sea, de dibujos más recientes, hechos durante o después de la llegada de los españoles.

Queda por comentar, finalmente, el signo tal vez más interesante de todos, que es el de la cara estilizada del grupo VI. Se trata de un diseño que no es desconocido en Chile, pero que sólo se repite más al Sur, tras un largo vacío de unos 500 kilómetros, en los Departamentos de Ovalle e Illapel, de la provincia de Coquimbo, formando parte aquí de una clase bastante difundida y variada de petroglifos muy "sui géneris" y de rasgos originales. Conviene tener presente, desde luego, que el diseño intrincado del referido signo excluye toda posibilidad de que se repita el mismo tema en petroglifos de lugares distantes por mera coincidencia y sin que medien relaciones directas entre uno y otro hallazgo.

Lo que hay de particular en los mencionados petroglifos originales del sur de la Provincia de Coquimbo, puede resumirse brevemente como sigue:

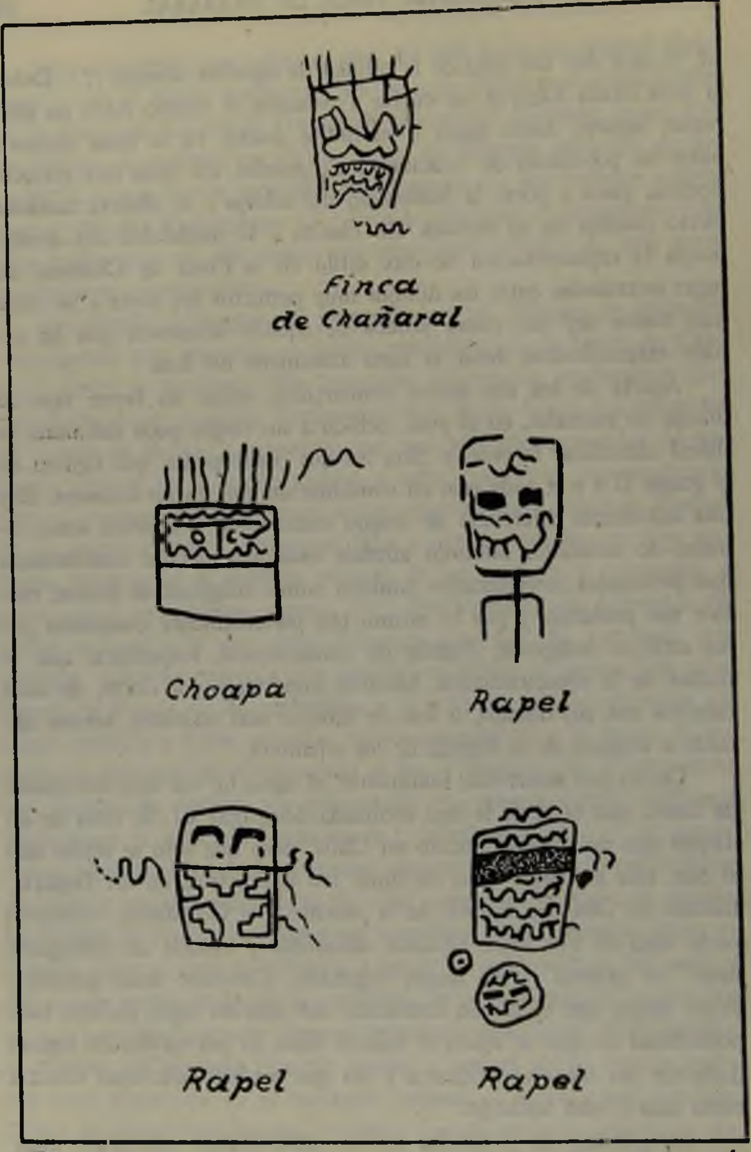


Fig. 5 - Cuadro comparativo y de evolución de ciertos elementos de petroglifos chilenos.

Es un tipo que por una serie de elementos propios y por sus diseños decorativos y en parte artísticamente desarrollados, se distingue en forma notable de otra clase de petroglifos más primitivos y toscos de la misma región, y que en contraste con la expansión mucho más amplia de estos últimos, ocupa una zona claramente limitada entre los ríos Limarí, en el norte y Choapa, en el sur, habiéndose introducido, al parecer, desde la costa hacia el interior. Hay fuertes argumentos que favorecen la idea de poder interpretar la presencia del tipo citado como vestigio de una inmigración directa, ya sea pacífica o guerrera, de elementos humanos preincaicos del litoral peruano. L. Strube lo comenta así por primera vez en su interesante publicación de 1926 (9), asignando a aquellos petroglifos un origen peruano de una época intermedia entre Tiahuanaco e Inca y calificándolos como posible aporte de los Chincha-Atacameños en su avance hacia el sur. Nuevas observaciones hechas en el terreno por el autor del presente trabajo y que serán materia de una próxima publicación, permitirán agregar una serie de datos más de interés, si bien la identificación precisa de las obras en relación con un pueblo determinado necesitará todavía mayores pruebas.

Los diversos elementos propios del tipo ovallino, si así se quiere llamarlo, son bastante numerosos, como ya se ha hecho presente más arriba. No viene al caso, sin embargo, hacer aquí un comentario general de todos, y sólo interesa recordar aquéllos que son similares a su pariente aislado de la Finca de Chañaral. En la Fig. 5, junto con este último, se reproducen algunos ejemplos típicos de las localidades de Choapa (Dep. Illapel) y Rapel (Dep. Ovalle), diseños rectangulares de caras humanas, representadas en sus fases progresivas de estilización y desfiguración. Cabe advertir, eso sí, que los ejemplos elegidos no corresponden a los elementos más llamativos del estilo ovallino ni tampoco a los mejor ejecutados, pero que su tema, no obstante, es tan típico y característico como el de cualquiera de los demás petroglifos sobresalientes en aquella zona. No se trata de pinturas, como en el caso de las pictografías de la Finca de Chañaral, sino de verdaderos grabados (incisos o raspados), en los cuales el dibujo se destaca con trazos claros sobre la superficie natural más oscura de las rocas. Su reproducción en negro de la Fig. 5, debe, por

lo tanto, entenderse como una especie de imagen "negativa". Dicho sea de paso que la diferencia de la técnica no tiene mayor alcance, en cuanto a origen y procedencia de los dibujos y obedece sencillamente a razones locales de adaptación, como se ha podido observar en varias ocasiones.

Al comparar ahora el diseño de la Finca de Chañaral con los ejemplos ovallinos de la Fig. 5, se nota de inmediato cierta similitud con el petroglifo de Choapa, y si se observa luego la evolución paulatina del motivo, a base de los mismos elementos fundamentales. desde aquella estilizada cara reconocible de Choapa hasta el último dibujo más desfigurado de Rapel, que resulta completamente exento ya de rasgos humanos, puede establecerse una relación perfecta entre todos y cada uno de los petroglifos representados. Lo que ellos, incluso el signo de la Finca de Chañaral, tienen en común, son su forma de rectángulo vertical, la subdivisión expresa o insinuada de este rectángulo en dos sectores superpuestos, el empleo de líneas onduladas o en zig-zag para el dibujo de los detalles, la fuerte tendencia de estilización y esquematización y por último, la presencia de un atributo accesorio: la línea serpentiforme exterior, agregada ya sea a la base, a la cabeza o en uno de los lados, atributo que casi nunca falta y que en esta combinación resulta ser un elemento eminentemente característico.

Todo lo anterior nos induce a admitir que existe una relación directa entre el petroglifo aislado de la Finca de Chañaral y el referido tipo desarrollado de petroglifos de la región de Ovalle e Illapel, y si aceptamos para este último un origen peruano preincaico, tenemos que interpretar la presencia del mismo elemento en el lejano oasis atacameño como prueba de que la inmigración o invasión forastera de que antes se hablaba, se haya realizado, en parte a lo menos, por la ruta del desierto norteño. Decimos en parte, porque no puede descartarse del todo la idea de un posible desplazamiento por mar o por la costa, dada la ausencia de vestigios similares tierra adentro a través de distancias tan apreciables. El empleo de la ruta del desierto en este caso confirmaría además lo que sostuvo Latcham, al opinar que el llamado "Camino del Inca", en Chile, habría sido ya una vía importante de comunicaciones entre los pueblos, siglos antes

del advenimiento de los Incas (5). Habrá que atribuir a estos últimos las mejoras técnicas de la ruta en sus trazados y la organización más perfecta de su servicio.

Como conclusión final de las observaciones y comentarios antes expuestos puede ahora resumirse lo siguiente:

Los petroglifos de la Finca de Chañaral son vestigios de migraciones humanas o el reflejo de influencias culturales forasteras en su paso por el desierto atacameño desde el norte hacia el sur.

Probablemente corresponden ellos a varias épocas, desde los tiempos preincaicos, con elementos venidos del propio Perú, hasta la llegada de los españoles, con lo que se confirmaría que el llamado "Camino del Inca" se haya constituído sobre una ruta preexistente de tiempos antiguos.

En cuanto al paso de los Incas mismos, históricamente comprobado, no se puede afirmar con certeza que ellos también hayan dejado sus marcas entre aquellos petroglifos, o si lo han hecho, lo que en fin es probable, cuales de los signos tendrían que ser atribuídos a su influencia.

Es de desear, naturalmente, que futuras observaciones —en lugares cercanos o distantes— contribuyan a completar o confirmar lo arriba establecido, esclareciendo a la vez las incógnitas que aun subsisten. Sería interesante en primer término registrar otros petroglifos de la zona y en la misma ruta. De su existencia hay noticias, como, por ejemplo, dos citas breves de L. Darapsky y F. J. San Román, de los cuales el primero (2) se refiere a pinturas, principalmente de figuras humanas, en Los Infieles cerca de la Sierra de Doña Inés (a más o menos 100 kilómetros al noreste de la Finca de Chañaral), y el segundo (8) a petroglifos en la Sierra de Cachiyuyo (a unos 50 kilómetros al suroeste de la Finca), respectivamente. Las ilustraciones que acompañan ambos relatos no permiten establecer similitudes con los petroglifos de la Finca de Chañaral. Pero como dichos autores no han reproducido ni tampoco descrito el total de los dibujos existentes, es posible que una nueva inspección descubra algunas relaciones más estrechas.

BIBLIOGRAFIA

(1) **Boman, Eric**: Antiquités de la región andine de la république argentine et du désert d'Atacama. Tomo I, París, 1908.

(2) **Darapsky, L.**: Das Departament Taltal. Berlín, 1900, p. 111.

(3) **Larco Hoyle, Rafael**: La escritura mochica sobre pallares. Rev. Geográfica Americana, Buenos Aires, Agosto. 1942.

Id. La escritura peruana sobre pallares. Rev. Geogr. Americana, Buenos Aires, Noviembre y Diciembre 1943.

(4) **Latcham, Ricardo E.**: Arqueología de la región atacameña. Santiago 1938, pp. 362/363.

(5) **Id.** Pág. 23.

(6) **Magallanes, Manuel M.**: El Camino del Inca. Revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, Tomo III, 1912, Nº 7.

(7) **Rydén, Stig**: Contributions to the archaeology of the Rio Loa region, Göteborg, 1944.

(8) **San Román, Francisco J.**: Desierto y cordilleras de Atacama. Santiago 1911, Vol. II, pp. 57/58.

(9) **Strube E., Leon**: Arte rupestre en Sudamérica, con especial descripción de los petroglifos de la provincia de Coquimbo, Chile. Concepción 1926.